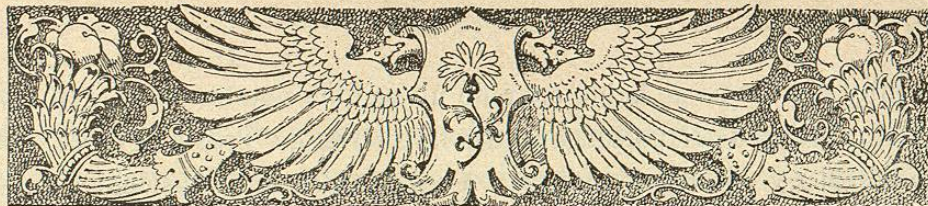


mente Túnez y Argel, serán ocupadas por los Franceses y al conseguirse la paz general se entregarán, con las demás conquistas que éstos hayan podido hacer, como indemnización á los reyes de Sicilia y de Cerdeña.»

Tales eran las condiciones convenidas en este tratado de íntima amistad entre los dos adversarios de la víspera, que tan sólo se unían para repartirse el dominio de Europa, abandonando á sus aliados con la mayor indiferencia. El abandono de Turquía por parte de Napoleón es, sin embargo, más excusable de lo que á primera vista parece, ya que el sultán Selim III, amigo de Francia, había sido destronado por una revolución palaciega (29 de Mayo), y su sucesor, Mustafá V, no sólo no profesaba á esta nación los sentimientos amistosos de su predecesor, sino que en realidad se le mostraba abiertamente hostil.

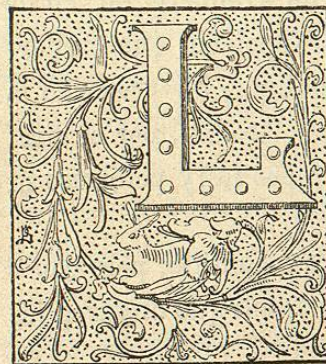
De todas maneras, es indiscutible que el favorecido en absoluto era Alejandro, quien pactaba como si no hubiese sido vencido y quedaba en libertad de obrar así sobre el Báltico como sobre el Danubio inferior. El tratado de Tilsit suele condenarse frecuentemente como la consumación de la ruina de Prusia y como la alianza brillante, pero frágil, de dos grandes monarcas en aras de una política quimérica y necesariamente efímera; sin embargo, aunque fué tan inútil para Francia, y aunque no impidió que Prusia llegara diez años más tarde á un grado de poderío que nunca había alcanzado, el tratado de Tilsit marca, por el contrario, una fecha importante en la historia de la monarquía prusiana y en la cuestión de Oriente.



CAPÍTULO IV

EL IMPERIO DESPUÉS DE LA PAZ DE TILSIT

ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA INTERIOR.—ABOLICIÓN DEL TRIBUNADO.—NOBLEZA IMPERIAL.
UNIVERSIDAD.—LEGISLACIÓN.—HACIENDA.—INFLUENCIA FRANCESA



La paz de Tilsit marca con toda claridad el punto en que la política de Napoleón adquiere un carácter verdaderamente quimérico, y, desvanecido por los gigantescos planes que le presenta su propia imaginación, renuncia á una parte del premio de sus triunfos sin consolidar por ello su poder, sacrificando así un presente seguro á un porvenir fantástico, y sin que este sacrificio del momento

pueda interpretarse como prueba de moderación ó como señal de querer dar á Europa cierta tranquilidad. Los monarcas, azorados, comprenden que ya no hay límite fijado para su rebajamiento, porque Napoleón no lo ha puesto á su ambición. Político hasta ahora, empieza á mostrarse ante los demás soberanos como una especie de nuevo Tamerlán, civilizado sin duda, pero que lo mismo que el devastador oriental busca la conquista por el placer de la conquista misma.

Aunque haya de darse la razón á tan desgraciados adversarios,

es muy cierto que se había operado un cambio notable en el genio y en el carácter de Napoleón durante la guerra de Prusia, guerra que no deseaba y que se vió obligado á emprender ante insolentes provocaciones, presintiendo sin duda que se empeñaba en una serie de aventuras cuyo fin le era desconocido. Planes gigantescos comenzaron, desde esta época, á asaltar su imaginación y afirmáronse en ella definitivamente después de la paz de Tilsit.

Aspiró á ser «el rey de los reyes», y subordinados suyos todos los demás monarcas, en una vasta confederación cuyo jefe sería él. Su familia, á la que había dado ya tres tronos á expensas de los antiguos soberanos, debía recibir otros nuevos. «Su dinastía, frase suya, debía ser en breve la más antigua de Europa.» No es posible afirmar que tales ideas apareciesen en su espíritu desde esta fecha bajo la forma de un plan cuyo desarrollo fuese necesario proseguir metódicamente; pero tal sueño hirió su imaginación, y por desgracia, con un genio tan poderoso para ejecutar como apto para concebir inmediatamente; el conjunto, los detalles y los medios prácticos para realizar su pensamiento, no estuvo muy lejos el sueño de convertirse en realidad (1).

El anciano príncipe de Ligne escribía al de Arenberg en 20 de Julio, pocos días después de la paz de Tilsit: «Napoleón, que prefirió engordar á engrandecerse y conquistar á adquirir, ha preferido la entrevista á marchar á Riga, por un lado, y á Grodno, por el otro. Por lo demás, no me parece este arreglo europeo muy peligroso ni mucho más duradero que su autor.»

Francia puso tal vez mayor confianza en su caudillo, pero comprendió también que este tratado no era todavía más que una tregua,

(1) Napoleón reconoció oficialmente en una circunstancia solemne que había tratado de constituir una Confederación europea continental bajo la hegemonía francesa, en una palabra, que había querido constituir, como diríamos hoy, los *Estados Unidos de Europa*. Léese, en efecto, en el preámbulo del *Acta adicional* de 1815: «Nos proponíamos entonces organizar un gran sistema federativo europeo, que habíamos adoptado por ser conforme al espíritu del siglo y favorable al progreso y á la civilización. Para completarlo y darle toda la extensión y estabilidad de que era susceptible, habíamos determinado la fundación de gran número de instituciones interiores destinadas á garantizar la libertad de los ciudadanos.» Es probable que Napoleón diese á sabiendas en esta ocasión mayor alcance y mayor precisión á sus concepciones y planes, tanto más cuanto que constituían un motivo para explicar su llamamiento á las instituciones liberales.

sin vislumbrar el fin de estas continuas guerras y del creciente despotismo que era su genuina consecuencia; temía además convertirse en un mero instrumento entre las manos de un hombre que la sacrificaría á los planes de su desmedida ambición. Todos deseaban la paz, tantas veces esperada y nunca duradera, aún más que en 1803.

En 1805, en el momento en que el Grande-Ejército se ponía en marcha hacia Alemania, Madama Remusat escribía, con fecha 24 de Septiembre: «Todos viven retraídos, inquietos, indecisos; los espectáculos están desiertos; todos sollozan y esperan silenciosamente grandes acontecimientos.» Puede, pues, comprenderse el descontento que produjo la renovación de la guerra en 1806. «¡La paz! continuaba Madama Remusat, en 12 de Octubre de este año; la paz no se espera ya aquí. El abatimiento y el disgusto son generales, se sufre y salen las quejas á la superficie. Nada causa admiración ni extrañeza, pues todos saben á qué atenerse respecto á milagros.»

Se ve, pues, que Napoleón, por su propio interés, hubiera debido tener en cuenta desde entonces los sentimientos del pueblo francés. Por el contrario, habíase fijado en su cabeza la idea de que era preciso tener despierta continuamente su admiración para consolidar su poder; pero hasta la admiración estaba agotada, y sin embargo, entonces, cuando Francia deseaba ante todo una vida tranquila, es cuando creció y se afirmó más que nunca el despotismo de Napoleón.

«Hacia tres años que me hallaba ausente, — dice Beugnot, — y cuando dejé París el Emperador guardaba todavía ciertos miramientos en el ejercicio de su autoridad; aun encargaba á M. Fontanes que nos conservase al menos la República de las letras. Llegué, pues, á Alemania con ideas bastante liberales, las cuales no podía suponer que Napoleón hubiese olvidado ya tan por completo; las mantuve porque eran mías, y además bien acogidas en la parte de Alemania á donde fui destinado. Admiréme, pues, al regresar, de encontrar en París el despotismo por todas partes, hasta en ciertos detalles que había ordenado y que hacían suponer en el Emperador una confianza absoluta en la paciencia del pueblo francés. Entonces me expliqué la admiración de M. Roederer, quien, en la primera visita que me hizo, no concebía que se hablase del Emperador con tanta libertad y que se permitiese, al ensalzar públicamente sus actos dignos de elogio, cen-

surar algunos otros. Verdaderamente, hube de reconocer que mis recepciones de Dusseldorf no estaban del todo á la orden del día.»

Francia, en menos de cuatro años, había realizado la evolución que Roma tardó más de tres siglos en efectuar, pasando desde la dictadura republicana de Augusto á la monarquía de Diocleciano (1).

Por decreto de 1.º de Marzo de 1808, ampliando los senadoconsultos de 30 de Marzo y de 14 de Agosto de 1806, se restablecieron los títulos de nobleza y se organizó una nueva aristocracia, con una precisión de jerarquía que la antigua no había conocido.

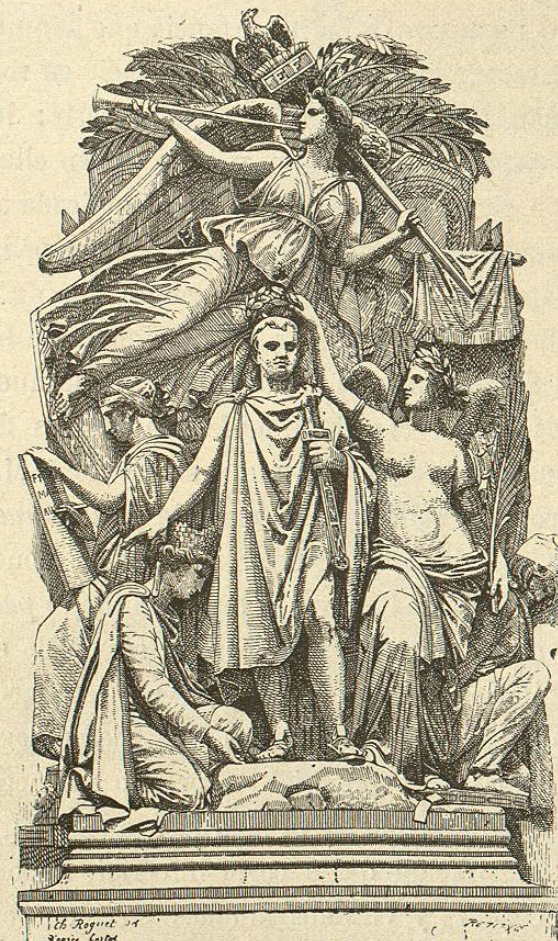
El verdadero objeto de esta nobleza era la formación de una clase intermedia, impregnada de las ideas del nuevo gobierno y por medio de la cual pudiera ejercer su influencia sobre la nación en general. No era, en realidad, una simple institución de aparato destinada á hacer resaltar el esplendor del trono. «Constituía una idea fija de Napoleón, dice Thibaudeau, que ya en más de una ocasión había intentado llevar á la práctica.» Además, esta nueva nobleza tendría la ventaja de absorber la antigua, borrando así este último prestigio y recuerdo de la monarquía tradicional. Napoleón asignó á varios de los nuevos títulos cuantiosos bienes, transmisibles por derecho de primogenitura en la línea masculina; en cuanto á los demás, su transmisión se verificaba en las mismas condiciones si aquellos que los poseían eran mayorazgos, con un capital mínimo, determinado según el título.

A pesar de las modificaciones que en favor de esta nobleza se introdujeron en el Código civil respecto á sucesiones, no llegó á formar una verdadera aristocracia y sólo gozó de preeminencias puramente honoríficas. Tranquilizaba á los revolucionarios la circunstancia de figurar entre estos nobles varios jacobinos y regicidas (2). Por otra parte, daba un especial prestigio á esta nobleza de nuevo cuño la presencia de algunos ilustres soldados de fortuna, lo que la antigua nobleza, á pesar de sus epigramas, en el fondo

(1) Napoleón prefería que se equiparase su nombre más que al de Augusto al de Diocleciano, cuya obra de reorganización había parangonado él más de una vez con la suya.

(2) Llamóse así á los antiguos convencionales que habían votado la sentencia de muerte de Luis XVI. — (N. del T.)

no dejaba de reconocer. Lo que verdaderamente era un contrasentido fué el exhumar todas las complicadas reglas de una etiqueta trasnochada, que ni siquiera tenía la excusa de la tradición, admirando aún más la importancia que Napoleón las concedía. En 1806 apareció un reglamento completo sobre la etiqueta de la casa imperial: era un



El Triunfo. Bajo-relieve de Cortot, en el arco de triunfo de la Estrella (París)

verdadero código, que al juzgar sólo por su volumen, alguien podría inclinarse á considerarlo como una de las obras legislativas más importantes de la época. Este decreto, que contiene muchos artículos dignos de la corte de los antiguos monarcas españoles, está fechado en el mes de Germinal del año XII de la República. La obligación de observar con toda gravedad tantas y tan frívolas disposiciones, y el empeño con que se tomaban los conflictos de la vanidad, producían